



REFLEXIONES SOBRE EL FUTURO DE EUROPA

Tischner European University

Cracovia, 9 de mayo de 2007

Permítanme que, antes de hablar nada, exprese mi satisfacción por las recientes elecciones que se han celebrado en Francia. Los franceses han acudido a votar en un número extraordinariamente significativo. Ha sido una gran victoria de la democracia, y del buen juicio político en una contienda donde los dos candidatos han dado un ejemplo de civismo y de altura democrática.

Nicolas Sarkozy, que es un buen amigo, ha obtenido una victoria brillante y clara. Sé que será un magnífico presidente de la República. Conozco a Nicolás Sarkozy desde hace mucho tiempo y sé de su enorme coraje y de la firmeza de sus principios. Estoy convencido de su determinación para llevar a cabo el programa de reformas para el que los electores franceses le han dado su confianza. Es un programa basado en principios claros y sólidos: la recompensa al mérito, la responsabilidad del ciudadano libre, y la necesidad de una sociedad dinámica. Estoy seguro de que su Presidencia responderá a las mejores esperanzas que los franceses han depositado en él y que será una fuerza positiva para Europa.

Igualmente me gustaría manifestar mi alegría por encontrarme en esta antigua nación. Polonia es hoy una sólida democracia, incorporada plenamente a la familia de democracias occidentales, como aliado en la seguridad en el marco de la OTAN y en el proyecto político de integración, libertad y paz que es la Unión Europea. Cuando tuve el honor de presidir el Gobierno de España trabajé siempre con la idea de incorporar a las instituciones del mundo libre, al club de las democracias europeas y atlánticas, a los países que habían sufrido el terrible yugo del comunismo del que se liberaron tras el derribo del Muro de Berlín. Hoy esa aspiración es una feliz realidad.

Recuerdo siempre con emoción unas palabras que me dijo una de los hijos más ilustres de Cracovia, Su Santidad Juan Pablo II. En una de las ocasiones que tuve la inmensa suerte de poder conversar con él me señaló: “lo peor del comunismo es que te intentaba robar el alma”. En eso creo que tenía algo en común con el nacional socialismo. Ambos son ideologías que pretendían implantar un nuevo orden social por encima de las personas concretas, de su libertad y de su dignidad esencial. Que estas dos pesadillas hayan sido posibles en Europa hace muy pocos años nos debe mover a la reflexión.

Por eso creo que es importante evitar hoy que uno de los grandes retos a los que nos enfrentamos es el de recuperar la autenticidad de las raíces de Europa, de esa idea que tiene siglos de antigüedad y que sin embargo parecen cuestionar sus hijos. Un proyecto aquejado del mal del desánimo y el cansancio.

Europa es Occidente, ha formado el Occidente conocido. Los valores europeos son aquellos que han sentado las bases de continentes y países más allá de nuestras fronteras. Pero, ¿qué es Occidente?

Occidente tiene un origen histórico identificable que emerge de la tradición clásica grecolatina, desarrollada por el cristianismo e iluminada por las luces de la Ilustración.

Occidente es una civilización próspera gracias al florecimiento de la sociedad de ciudadanos, abierta y democrática; gracias a la economía de libre mercado; gracias al progreso del pensamiento científico y crítico. Nuestro mundo se encuentra en un proceso de cambio constante, de superposición y de extensión. Pero sus características y elementos fundamentales son precisos y reconocibles a lo largo del tiempo.

Grecia es uno de los pilares de Occidente. Esa civilización nos transmitió una serie de principios que nacieron con la aparición de la *polis* cuando el poder pasó a ser el derecho y la responsabilidad de todos los ciudadanos. De ahí surgieron tres conceptos que perviven hoy. La idea de *semejanza* entre todos los seres humanos, contraria al concepto de otorgar a cada individuo unas características determinadas por la pertenencia a uno u otro subgrupo social. La idea de *igualdad ante la ley* y su complemento imprescindible, la *libertad bajo la ley*.

Roma, el segundo gran pilar de Occidente, ha aportado entre otras cosas el Derecho, un sistema esencial para el progreso de la humanidad y para afianzar la idea de libertad. El Derecho romano asumió una función aparentemente prosaica pero fundamental: reguló los derechos y deberes relativos a la propiedad privada.

Esto permitió individualizar la vida porque, a través de la propiedad privada, cada individuo se diferencia de la Comunidad. No es casualidad que en Roma aparezca la palabra *persona*, un concepto que no es concebible sin esa prolongación del individuo a través de la propiedad.

El tercer pilar sobre el que descansa Occidente es la tradición judeo-cristiana. El valor fundamental que sustenta esta tradición, a los efectos que aquí nos interesa, es la idea de *compasión*, o de *misericordia*, si se quiere, conceptos que van más allá del de *justicia*, propio de la tradición romana. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento hay una rebelión ante el sufrimiento humano y contra el mal, algo por completo novedoso en comparación con otras civilizaciones coetáneas.

Nace así la idea de la dignidad esencial del ser humano, universal, con independencia de su pertenencia a uno u otro grupo. Con el Cristianismo, la universalidad de la dignidad humana cobra carta de naturaleza. De ello habló siempre Juan Pablo II, una enseñanza que deberíamos tener muy presente hoy en día.

A partir de este triple sustrato cultural, que es el que alimenta las raíces más profundas de Europa, y de su concepto de persona, Occidente se ha dotado de una expresión política moderna: la democracia liberal.

La democracia liberal es una forma de gobierno en la que los ciudadanos eligen a sus líderes. Pero es algo más. Supone poner límites al poder. El poder político tiene como frontera infranqueable la dignidad esencial y los derechos y libertades fundamentales de los que son titulares todas las personas. Por eso también las decisiones políticas se encuentran sujetas a normas en lo que conocemos como Estado de Derecho.

Estos derechos y libertades que conforman una democracia incluyen, entre otros, el derecho a la vida y a la libertad, al debido proceso, a la intimidad, a la propiedad y a la igualdad ante la ley, así como las libertades de expresión, asociación y culto. La tarea fundamental del Estado es reconocer estos derechos, garantizarlos y protegerlos.

La democracia es también tolerancia y pluralismo. Las ideas políticas distintas, incluso las más extremas, pueden coexistir y competir por el poder político siempre sobre una base democrática y sobre el respeto a los derechos y libertades fundamentales.

Pero hay que recordar también que Occidente no es una conquista asegurada. De hecho ha habido épocas en las que se han producido retrocesos penosos. No hay más que recordar los terribles años treinta del siglo pasado en Europa o el trágico legado de los totalitarismos comunista, fascista y nacional-socialista. Todos estos movimientos no son más que experimentos perversos de ingeniería social basados en la negación de la idea de persona que está en la base de Occidente.

Hoy hay muchas voces que advierten que Europa está en crisis. Soy de los que creo que algo de razón tienen. De hecho, la crisis de Europa no es algo reciente. Los males que nos aquejan y sus síntomas no son nuevos. Pero se han recrudecido en los últimos años. Hay desánimo. Hay temor. Muchas veces adoptamos el diagnóstico equivocado y ensayamos recetas que no curarán nuestros males.

Mi diagnóstico es que Europa tiene miedo. Y ese miedo nace de una falta de confianza en sí misma. Y creo también que nada de ello es casual. Se ha sembrado durante mucho tiempo la semilla de la desconfianza, del odio a uno mismo, en un descabellado afán de poner en cuestión los principios que conforman nuestra identidad y, en última instancia, de destruirlos.

Esa falta de confianza en sí misma de Europa le impide tomar las decisiones, difíciles pero ineludibles, para afrontar los retos del futuro. Y esa abulia lleva a negar la realidad, a verla a través de las lentes de la “falsa ilusión”. No queremos afrontar las decisiones que la realidad demanda y por eso negamos esa realidad incómoda. Pero Occidente debe reconocer que en el mundo en el que vivimos no todo es prometedor.

Crece el desafío del terrorismo global y de los que odian la libertad. No es algo que nos deba sorprender. La libertad siempre ha tenido enemigos. Si hoy existe es porque en el pasado hubo quien la defendió con determinación, brío y constancia.

Y ante los retos de hoy, algunos en Europa o, para ser más justos, en todo Occidente, tienen una reacción de apatía, resignación y derrotismo. Parece que algunas elites occidentales quieren echar la culpa de los desafíos a la libertad al modo de ser y al sistema de valores occidentales. Hay una parte de Occidente empeñada en autoculparse de los males del mundo, y muy especialmente de la virulencia del terrorismo.

A pesar de esta situación de Europa, creo que hay razones para el optimismo. Pero para ganar la esperanza es preciso ser valientes, mirar la realidad frente a frente y no negar nuestra propia identidad.

¿Qué haya que hacer, en mi modesta opinión, para recuperar la confianza en Europa?

En primer lugar, estar orgullosos de nuestros valores y de nuestros principios, los que conforman nuestra identidad. Los que compartimos con otros en lo que llamamos Occidente y que tienen una validez universal.

Si nos empeñamos en negar o ignorar lo que somos, si caemos en la trampa del relativismo moral, no haremos más que alimentar la desconfianza, el miedo al futuro y al cambio. Es sobre la base de nuestra identidad como hay que hacer frente a la amenaza de los enemigos de la libertad y los retos del futuro.

Y es que uno de los mayores peligros que acecha a Europa es la tentación del nihilismo. La trampa de creer que no hay auténticos valores que merezca la pena defender, como la vida, la igualdad o la libertad. Que cualquier otro sistema de valores, sea el que sea, es intercambiable con el nuestro. Esta tentación del relativismo muy presente en nuestras sociedades, me parece suicida.

El relativismo moral radical lleva a algunos a pretender redefinir instituciones básicas en nuestra civilización, como la de la familia o la del matrimonio. La familia y el matrimonio son un elemento esencial y básico para la sociedad. La familia es la piedra angular de la sociedad, la institución que permite el primer desarrollo del individuo, y por tanto, el elemento fundamental de nuestra supervivencia en el futuro.

De acuerdo con nuestra tradición occidental, matrimonio es la unión de un hombre y una mujer. Otras realidades, como las uniones entre personas del mismo sexo o las llamadas “modalidades alternativas de familia”, pueden ser muy respetables, pero no entran en nuestro concepto de matrimonio ni de familia.

Ese relativismo moral es también la causa de la profunda crisis demográfica de Europa. Si no creemos en casi nada y el placer inmediato y sin complicaciones es el tema central de nuestras vidas, ¿para qué tener hijos? Muchos parecen satisfechos con la perspectiva de una Europa envejecida y minoritaria, sin voluntad de pervivir. Una Europa que no crece económicamente, que no quiere tener hijos y que no está dispuesta a defender sus valores.

Por eso creo que el gran reto al que se enfrenta Europa, y en gran medida todo Occidente, es creer en los propios valores y en su validez universal. Y hay que decir que no es imperialismo desear que la igualdad entre hombres y mujeres esté vigente en Cracovia, en Milán, o Nueva York pero también en La Habana, Kabul o Bagdad.

La libertad de conciencia es un bien esencial. Debemos trabajar para que nadie pueda ser condenado a muerte o a penas de cárcel por sus creencias religiosas o por su sed de libertad. Por desgracia la represión política es una realidad diaria en muchos países. Es una obligación moral y política apoyar con claridad a todos aquellos que luchan por la libertad y los derechos fundamentales en países que los niegan a sus propios ciudadanos. Mirar hacia otro lado no es sólo censurable desde el punto de vista ético. Es también el peor error para defender nuestra propia libertad.

El gran reto fuera de las fronteras de Europa es la extensión de la libertad y de la democracia. Esta tarea es, a la vez, un deber moral y un desafío existencial. Más allá de la moral, procurar la libertad y la democracia para el mayor número de naciones y personas también es un interés de primer orden para Europa. Porque si la libertad no es para todos, al final tampoco lo será para nosotros.

El segundo reto gran reto al que creo que Europa debe acometer es poner límites en algún lugar. El proceso europeo ha sido un éxito en términos históricos. La ampliación ha sido uno de los grandes logros de nuestro tiempo. Me felicito sinceramente de que Rumania y Bulgaria hayan entrado a formar parte hace pocos meses del proyecto europeo.

Pero Europa debe ser viable y gobernable. El proyecto no puede consistir en la expansión perpetua. Convertir el eje de Europa en su ampliación sin límites es una forma de hacerlo inviable y de intentar esconder la ausencia de un proyecto real. Además los límites no deben ser sólo geográficos. Hay que poner también límites a lo que Europa puede y debe hacer.

El origen de este proceso se basó en la idea de ampliar la libertad de los ciudadanos, de las personas. Es necesario tener en cuenta que el marco histórico en el que la libertad ha crecido en Europa ha sido y es las naciones que la conforman. Europa no sobreviviría al intento de liquidar esas naciones. Hemos de ser conscientes de que los valores europeos necesitan ser encarnados en realidades políticas más cercanas y decantadas por la historia.

El tercer gran reto de Europa es el de la economía abierta. El futuro de Europa sólo se puede basar en la economía de la libertad y de las oportunidades. La economía del esfuerzo, del trabajo, del mérito y de la innovación. Si queremos generar confianza, Europa necesita crecer y crear más empleo. El camino para hacerlo de forma sostenible es el de la apertura y la liberalización, en un marco de estabilidad.

El Mercado Único, la creación del euro, el Pacto de Estabilidad y crecimiento han sido grandes logros del proceso europeo. Convendría avanzar por ese camino.

La creación de una gran zona económica de integración entre Europa y los Estados Unidos, abierta al resto de países que quieran participar en ella, un proyecto que definiendo desde hace tiempo y que hace pocos días la Canciller Merkel y el Presidente Bush impulsaron decididamente, puede ser un gran motor de crecimiento económico en Europa y en todo el mundo. La experiencia demuestra que cuanto más apertura e integración ha habido en el mundo más bienestar se han generado para todos.

El cuarto reto al que Europa debe hacer frente es el de la inmigración. Y creo que el modelo para tener éxito debe ser la integración, basada en los valores y principios de la sociedad abierta. Esos valores son europeos, se encarnan en las naciones que forman Europa y aunque de raigambre judeocristiana, todos pueden participar de ellos. Es urgente generar políticas para que cada nuevo inmigrante que llegue a Europa comparta nuestros valores y principios.

Por último, Europa no debe renegar de la dimensión atlántica que preservó su libertad en el siglo XX y ayudó a derribar el Muro de Berlín y derrotar la tiranía comunista. El futuro de la libertad y de la democracia depende de que seamos capaces de renovar es lazo vital. Pretender crear una Europa de espaldas a la realidad atlántica sería un empeño suicida.

Estas son, con toda modestia, mis ideas para que Europa recupere la esperanza. Algo que ya empieza a ocurrir. Porque hablando claro, diciendo las cosas con transparencia y exponiendo las ideas con firmeza, se puede llegar a la gente. Lo han demostrado Nicolas Sarkozy y los millones de franceses que han elegido la confianza que inspira su proyecto. Una prueba de que Europa puede recuperar toda la fuerza y la esperanza que nace de nuestras raíces más profundas. Una tarea en la que Polonia tiene que desempeñar el papel esencial que nos recuerda esta bella ciudad de Cracovia.